

¿Qué significa que el agua hierve a cien grados?

Daniel Duarte

Sucede que los plazos de nuestra existencia no comulgan con el reloj normalmente más lento de esa misma historia que nosotros hacemos (aunque no lo sepamos).

Hacia fines del primer cuatrimestre de 2005, en el aula “Boquitas” de la Facultad de Filosofía y Letras, Pablo Rieznik estaba dictando la última o una de las últimas clases de Historia de los Sistemas Económicos “B” de ese año. Sus clases eran diferentes (y por diferentes me refiero a mejores): eran una parábola que partía de una problemática y concluía con un cierre a esa pregunta inicial que planteaba universos mucho más complejos que lo que la pregunta inicial había previsto. En el medio, uno atravesaba por la matemática, la física, la historia, algún que otro libro, la política, magistralmente como parte de un todo.

Ese día, en medio de la clase, la luz se cortó. Era la conclusión de un cuatrimestre convulsionado por numerosas asambleas que en la carrera de Historia exigían democratizar el departamento, revisar el programa y sostener la apertura de cátedras paralelas. Entre los docentes se planteaba la necesidad de aumento salarial y presupuestario y el pago para los ad honorem. En la oscuridad, los estudiantes comenzaron a iluminar el aula con sus celulares (los primeros con luces) y Pablo continuó con la clase, agitando sus brazos, tratando de abarcar con su movimiento todo lo que quería decir. Era un extraordinario orador, y llevaba esa virtud a fondo en sus clases.

Sus conclusiones eran políticas: era la política de recorte, la gestión de la universidad, la crisis del capitalismo. “¿Y ahora cómo salimos de acá?” Terminó así su clase, mostrando que acostumbrarse a esa forma de trabajar y de estudiar era una barbarie.

La apertura de la cátedra, como producto de la lucha y los reclamos de estudiantes y docentes, fue el primer proyecto en el que nos encontramos juntos. Por supuesto que existía uno mayor (y que involucraba a este otro): era nuestra militancia. Pero militancia, clases, amor, derrotas, libros, eran parte de un todo, contenido por la inmensidad de la vida.

Pablo estaba fascinado por lo que los científicos llaman la “teoría del todo”, esa genial búsqueda de físicos y matemáticos por una teoría que pueda explicar el funcionamiento total del universo. Nos hablaba de eso mientras jugaba con un cigarrillo apagado en su mano en un vano intento por dejar de fumar. Pablo hablaba de eso, de la situación política, de algún buen libro, de cuánto le aburrían ciertas cosas. No hablaba sin objeto, era práctico. Lo digo a sabiendas de su gran cultura y su capacidad teórica inigualable. Pero en sus charlas siempre buscaba producir algo, o incentivar a quienes lo escuchábamos a producir cosas. No hablaba de él, mucho después me enteré por otros medios lo que había padecido durante la dictadura, pocas veces lo escuche hablar de su exilio, y se ponía como ejemplo solo cuando relataba alguna acción doméstica.

Ese impulso a producir nos organizó como un equipo de trabajo. Nos sumamos así a escribir las notas que en el 90º aniversario rememoraban la revolución rusa, y al año siguiente hicimos lo mismo en el 40º aniversario de 1968. Nos corregía, me corregía, prefería una idea simple bien expresada que todo un corpus ilustrado que no dijera nada nuevo. Pudimos así editar *La revolución rusa en el siglo XXI y 1968, un año revolucionario*. El programa de la materia nos sirvió como guía para un tercer libro. Nos volvimos locos pensando un título. Una tarde, en un bar de Caballito, nos dijo: “Tiene que llamarse como la canción de Armstrong. Nosotros hablamos de la explotación capitalista, la barbarie, la catástrofe de la guerra... ¿No es una ironía que se llame *What a Wonderful World?*”

En esos años Pablo cumplía un papel central en la publicación de *Prensa Obrera*, militaba en el frente docente universitario y desarrollaba importantes polémicas con economistas anti-catastrofistas. Escribió un verdadero manifiesto explicando y defendiendo el concepto (justamente desmintiendo que sea solo un concepto). Intervino en una cantidad innumerable de debates y no paraba de indignarse con las tendencias políticas que intentaban negar el imperialismo y la catástrofe. “Nadie entendió lo que qué quiso decir Lenin”, nos dijo una vez. “Pablo, no son leninistas”, le contesté. “Macanudo, pero si le vas a pegar a Lenin hacelo por lo que dijo, no por lo que vos crees que dijo”.

Solía apoyar el dedo gordo en una sien y el mayor en la otra y pasear su mano por su cabeza peinando (no le quedaban muchos) sus pelos hacia atrás. Lo hacía cuando pensaba, pero también cuando se indignaba con lo que se estaba diciendo. Era una especie de aviso a los que lo conocíamos de que después de eso venía una vehemente respuesta. Se reía hacia adentro, y cuando se reía mucho los hombros le temblaban hacia arriba. Se divertía con ciertas ironías de la historia, con algunos sucesos vulgares de su entorno y, en los últimos años, con el humor negro.

Luego de los libros comenzamos a preguntarnos qué hacer, sobre qué nuevo aniversario trabajar. La respuesta vino con otro proyecto, el último proyecto académico dirigido por Pablo. Lo propuso Lucas, y Pablo aceptó la idea con la condición de ser rigurosos pero no ser aburridos. Insistía: “me aburre muchísimo todo lo que tiene que ver con la academia. Ustedes que están en eso ¿No hay algo que valga la pena?”. Quería divertirse, descubrir algo nuevo, invitar a la pelea de ideas de la cual siempre salía airoso.

Le fascinaba buscar la pregunta adecuada. Luego de leer una entrevista a Richard

Feynman nos insistió para que la publicáramos en *Hic Rhodus*. “El tipo va dando vuelta al entrevistador mostrándole que la pregunta no es *¿por qué se atraen los imanes?* sino *¿por qué usted se hace esa pregunta?* Es el problema de convertir la pregunta científica en un hecho de la conciencia científica”, nos decía riendo. “No se va a entender nada”, o bien “mirá que que no tiene nada que ver con la revista”, fueron las respuestas. Yo simplemente me limité a decirle, luego de leer el artículo: “Pero Pablo, Feynman no responde ni una cosa ni la otra”. Pablo se reía hacia adentro por lo que había descubierto en esa simple lectura: “No importa. Porque lo que te muestra es que lo que interesa es otra cosa, es el por qué de la pregunta”.

En las asambleas, en los debates, en nuestras reuniones, siempre intervenía con su voz grave y su elocuencia magnética. Por lo general en contra de todo... nunca intervenía a favor. Si no había nada para decir, no lo decía. En una de esas asambleas, sentado a mi lado, nos pusimos a charlar: no podía terminar una frase sin toser. “Estas hecho mierda”, le dije. Seguía tosiendo: “Sí, me resfrío y la tos no se me va”. “Por qué no vas al médico y te haces ver”. Me miró y dijo: “Sí, voy a ir”.

No paró de trabajar en sus proyectos, ni de escribir, ni de leer, ni de reunirse con amigos y colegas, ni de reírse de lo que antes se reía. *La pereza y la celebración de lo humano* fue su último libro, le insistimos para que lo publicara y juntos con Diego y Lucas le dimos una mano para terminarlo. Compiló varias cosas que tenía circulando: homenaje a Lafargue, al derecho a la pereza frente a la explotación, y rindió cuentas con la historia, su historia, con el alegato en el juicio de la causa ABO por los crímenes de la última dictadura.

La diferencia en la edad, Pablo me llevaba treinta años, me impidió conocerlo antes y me permitió disfrutar de los proyectos más recientes de los cuales todo un grupo de compañeros de cátedra, de trabajo y de militancia formamos parte. Esos treinta años no habían sido los de una vida cualquiera, la diferencia estaba notablemente atravesada por la experiencia, la cultura, la comprensión y los hechos de una vida que, en Pablo Rieznik, estaban marcados a fuego. Es muy difícil decir que esto no es una nota necrológica porque, según creo, Pablo no hubiera aceptado un homenaje en vida. Se incomodaba cuando hablaban bien de él, lo consideraba una chupamediada o, cuanto menos, algo innecesario. Era lo más agradable de nuestras reuniones. Eso y que eran divertidas.

Su última aparición en un debate fue además la última vez que lo vi. Fue en el Pre ALAS 2015, que realizamos junto con un grupo de compañeros en la facultad de Ciencias Sociales. “Tengo ganas de hacer un atraco. Hacer un desfalco, algo”, me dijo, con la disfonía que lo acompañó en el último tiempo, y me guiñó un ojo: “jugando un poquito con el humor negro”. Nos reímos y le respondí: “Contá conmigo, pero que aparezca solo tu nombre”. Pocos minutos después estaba, con su histrionismo de siempre, denunciando la política científica del gobierno y la barbarie en la que se veían sometidas las personas que habían sufrido las inundaciones.

Una mañana nos reunimos en la facultad de Filosofía y Letras. Después de tomar exámenes fuimos a la sala de profesores y comenzamos a discutir sobre qué artículos debían salir en la próxima revista. “Tiene que haber algo sorprendente”, paseaba su mano por la cabeza y empezaba a contar las cosas que había leído o lo que le había sorprendido en esos días. “¿No se pusieron a pensar qué significa que el agua hierve a cien grados?” El se reía hacia adentro y nosotros nos reíamos con él. “Pero Pablo, eso es fácil, el calor distiende los puentes de hidrógeno”, le dije. “Sí, sí, eso ya lo sé... pero, ¿qué significa que hierve a cien grados?” Lucas se rió: “Mirá de lo que se sorprende... parece un

chico". Pablo seguía mirando esperando respuesta. "No sé, Pablo", le dije vencido, "¿qué significa?" Pablo escondió su cabeza entre el dedo gordo y el mayor de la mano derecha, me miró y dijo: "Pensalo". Se rió, esta vez con los hombros hacia arriba, y seguimos hablando de muchas otras cosas.